

entre alma, y cuerpo, ni aun distincion real en probabilisima sentencia.

§. II.

3 **V**iniendo, pues, la voluntad con los ojos del entendimiento, veamos cómo vé con estos ojos los objetos. Con la misma proporcion en orden à distancia, ò proximidad, que los ojos corporeos. Es menester que estén los objetos à una determinada distancia de la voluntad, para que ésta los vea claramente. Ni muy lexos, ni muy cerca. Si tan lexos, que respecto de la voluntad se consideren como totalmente estraños, no los vé bien. Si tan cerca que se contemplen como propios, tampoco. En aquellos se le ocultan las perfecciones, en estos los defectos. Es precisa una distancia media, y proporcionada, para que ni la displicencia oculte lo que hay de bueno, ni el proprio interés esconda lo que hay de malo.

4 Sin embargo, esta analogía entre la vista espiritual, y corporea, no es tan constante, que no padezca algunas excepciones. Sugetos hay, que con los ojos del entendimiento vén muy bien aun lo mas llegado, que discernen claramente lo que hay de malo, como lo que hay de bueno en el paysano, en el pariente, en el bien hechor, y, lo que es mas, aun en sí mismos.

5 Digo que hay sugetos, que conocen sus propios defectos. Pero en esta misma excepcion entra otra excepcion. Hay cierto defecto, el qual ningun hombre conoce en sí mismo. Ninguno? Ninguno. ¿Pues qué defecto será este? En una palabra lo digo: el defecto de entendimiento. Esta es la piedra donde tropiezan todos: esta es la parte donde nadie se conoce à sí mismo; y aqui es donde vuelve à restablecerse la analogía propuesta entre la vista espiritual, y corporea. Ni se vén à sí mismos los ojos corporeos, ni se vé à sí mismo el entendimiento.

6 Son muchos los que conocen los defectos del proprio cuerpo, aun quando no son muy sobresalientes. Algunos conocen en sí mismos aun las malas disposiciones del alma. No ignora éste, que padece el vicio de iracundo, aquel

aquel el de inconstante, el otro el de tímido, y así de los demás. Pero llegando al entendimiento, no hay que pensar, que nadie se conozca. Todos se hacen merced à sí propios, Necios, y entendidos, aunque no con igual ceguera, unos, y otros caen en el mismo lazo. El necio piensa que es muy entendido, y el entendido piensa que lo es mucho mas de lo que realmente es. Por eso doy à este *Error* el epíteto de *Universal*, con lo qual está explicado el asunto de este Discurso: de modo, que el error universal es el juicio ventajoso, y no merecido, que todos hacen del proprio entendimiento. Despues de tantos errores comunes, salga à este Theatro un error universal.

§. III.

7 **P**ara entender cómo es universal este error, se debe considerar, que al entendimiento no le constituye bueno, ò malo el saber mucho, ò poco. El saber mucho consiste en tener muchas noticias; y el tenerlas depende de adquirirlas. Esto lo logran la buena memoria, la oportunidad, y la aplicacion. Por falta de alguna de estas tres circunstancias, ò de algunas, ò de todas tres juntas, hay excelentes entendimientos, que son como tablas de hermosa, y bien dispuesta materia para recibir las imágenes de los objetos; pero tablas rasas, como comunmente se dice, en quienes nada se ha pintado, ò que quando mas, solo se vé en ellas tal qual rudo diseño. Es cierto, que la escasez de noticias qualquiera se la conoce en sí mismo, haciendo el cotejo con las que tienen otros; y así, no solo el rústico confesará, que no es Theólogo, Jurista, ò Historiador; pero aun entre los mismos, que se aplican à estas Facultades, se hallan muchos, que advierten bastantemente, que otros profesores están mas instruidos en ellas. Así no es este el asunto de la errada apprehension universal de que tratamos; si solo la capacidad intelectual tomada por sí sola.

8 Pero aun en esta misma capacidad intelectual hay mucho que distinguir. Hay entendimientos linceos para una

cosa, y tópos para otra. Hay entendimientos profundos, pero tardos. Hay entendimientos, que perciben bien, y se explican mal. Hay entendimientos, que se enteran bellamente, y hacen recto juicio de lo que discurren los demás; pero ellos por sí mismos apenas abanzan un paso sobre aquello que hallan discurrido por otros. Hay entendimientos muy hábiles para discurrir sofisticos enredos; pero enteramente desnudos de aquella substancial, y sólida perspicacia, que se ha menester para tocar à punto fixo la verdad. Hay quienes tocan à punto fixo la verdad; pero no encuentran con razones para persuadirla. Hay quienes perciben bien un objeto simple; pero en las combinaciones de distintos objetos, ò quèstiones complejas, se enredan, y confunden. A éste modo hay otras innumerables diferencias, y aun cada diferencia se divide, y subdivide en otras: lo que me trae ahora à la memoria una reflexion, que mucho tiempo há tengo hecha, y propondré aqui; porque sobre no ser incongrua al intento, puede hacersele lugar, como à impugnacion de otro error comun.

§. I.V.
Muchos (si no todos) conciben en los espíritus una identidad tan simple, tan uniforme, que se imaginan, que à la primera ojeada del entendimiento está visto todo lo que es un espíritu; y aun llega à parecerles, que visto un espíritu, están vistos todos, por lo menos los que son de la misma especie. De aqui resulta, que no pudiendo contemplar en los entes espirituales aquella variedad, que tanto nos agrada en los materiales, solo consideran en la vista clara de aquellos (que se supone sernos imposible en el estado presente) un deleyte de cortisima duración, por quanto todo lo que hay que ver, está visto en un instante; y la repetida representacion de un mismo objeto, en quien jamás se vé mas que lo que se vió à la primera ojeada, bien lejos de ser grata, à corto espacio de tiempo llega à ser fastidiosa. Este es un error procedido de falta de reflexion. Si Dios nos diese luz para conocer clara-

men-

mente qualquiera alma humana, ¡qué theatro tan vasto, y tan variado se presentaría de repente à los ojos de nuestro entendimiento! ¡Quánto numero de facultades diversas! ¡En cada facultad quánta multitud de distintas determinaciones! ¡Qué variedad tan prodigiosa de inclinaciones, y afectos! Ninguna selva tiene tantas hojas, quantas son las diferencias, que hay que contemplar en cada una de las partes expresadas.

10 Para hacer bien comprehensible esto, sienta una suposicion, que pienso no me negará ningun hombre de mediano entendimiento; y es, que entre tantos millares de millares, y aun millares de millones de hombres, que hay en el mundo, no se hallará alguno, que sea perfectamente parecido à otro, ni en el complexo de inclinaciones, ni en el conocimiento de todos los objetos. Qualquiera que lea esto, haga reflexion sobre si ha visto jamás dos individuos tan acordes en los afectos, que à uno agradase todo lo que agradaba al otro, ò tan conformes en entender, que nunca discrepasen en el dictamen. Es ciertisimo que no. Y de aqui se infiere con evidencia, que así la parte intelectiva, como la apetitiva de cada hombre, consta de un numero innumerable de disposiciones distintas; pues à no ser así, seria imposible, que entre tantos millares de millones de individuos no se repitiese en algunos, y aun en muchos el mismo complexo.

11 Toda la variedad, que hemos considerado en el entendimiento, y voluntad del hombre, es menor que la que hay que contemplar en el amplisimo seno de la memoria: aquel seno, digo, capaz de contener el sér inteligible de todo un mundo, y aun de muchos mundos, y donde actualmente se contienen millares de millares de aquellas especies, que la Escuela llama inteligibles, ò impresas. ¡Qué theatro tan vario, tan espacioso, tan augusto aquel donde se representa al vivo la inmensa mole del Cielo, el cuerpo, curso, y resplandor de todos sus astros: la tierra, el ayre, el agua, con tanto numero sin numero de cuerpos vivientes, inanimados, elementales, y mixtos!

Tomo VI. del Theatro.

Bb

To-

12 Todo esto, y mucho mas, que es imposible indivi-
duar aqui, hay que contemplar en el espiritu del hombre,
que tan simple, tan uniforme se representa al comun mo-
do de entender. Yo me imagino, que si Dios nos fuese
mostrando succesivamente todo lo que hay que vér en él,
de modo, que en cada minuto de tiempo solo viesemos lo
que es representable en un acto, el mas precisivo del en-
tendimiento, pasarian muchos centenares de años antes
de verlo todo. Yo, sin duda, si se me diese opcion, antes
eligiría vér claramente una alma humana, que registrar
quantos entes visibles contienen el Cielo, la tierra, el ay-
re, y el agua. Si esto digo del espiritu humano, qué diré
del Angelico, cuya amplitud de continencia es proporci-
onal à la altura de su perfeccion, y en cada individuo, se-
gun doctrina del Divinisimo Thomás, está recogida la in-
terminable extension de la especie? Firmisimamente con-
preheniendo, que si à los sentidos, y potencias de un hom-
bre se presentasen à un tiempo quantos objetos delecta-
bles hay en el mundo, de modo, que à un tiempo los go-
zase todos, no igualaría este deleyte, ni con mucho, al
que tendria en vér claramente al menor de todos los espiri-
tus Angelicos. Aun prescidiendo del asunto, que segui-
mos, es concluyente la razon que lo persuade. Un objeto
tanto deleyta mas, quanto es mas agradable; y tanto es mas
agradable, quanto es mas excelente. ¿Pues quién duda,
que junta la perfeccion de todos los objetos sensibles, no
igualala la perfeccion del menor de todos los Espiritus An-
gelicos? Pero aqui de la admiracion. Si el deleyte de vér
uno solo, y el menor de todos, será tan grande, ¿quál será
el vér tantos millares de millares, que succesivamente ván
creciendo en excelencia, de modo, que el supremo excede
al infimo, lo que un monte à un atomo? ¡O dichosos ha-
bitadores de la Celestial Patria, lo que gozais! ¡O locos
enamorados del mundo, lo que perdeis! ¿Pero dónde pá-
ro yo, si resta un espacio infinito desde aqui hasta la cum-
bre de la felicidad? O pielago de perfecciones, y excelen-
cias! ¡O Dios, y Señor de las virtudes! ¡O gran Dios!

¡O Dios de los Dioses! Si tanto gozo resultará de vér aque-
llas criaturas tuyas, bien que nobilissimas, pero al fin cria-
turas, cuya perfeccion dista de la tuya infinitamente mas,
que dista el mas vil insecto de la tierra de la suprema inte-
ligencia del Cielo, cuya hermosura es un borron, cuyo res-
plandor es obscuridad, si se comparan con tu hermosura,
y con tu resplandor; ¿qué será verte à tí mismo? Mas aqui,
detenida del asombro, vuelve la pluma al asunto.

§. V.

13 **S**UPuesto, pues, que, como hemos insinuado arri-
ba, en el entendimiento hay que considerar mu-
chas facultades distintas: digo, que el error universal no
es respectivo à qualquiera de ellas, y mucho menos à to-
das juntas; si solo en orden à una, pero la mas esencial,
que es la rectitud del juicio. Infinitos hombres hay, que
conocen lindamente, que otros son mas prontos en com-
prender, mas agiles en discurrir, mas felices en expli-
carse, de mas genio para esta, ò aquella profesion, de mas
vasta extension para abarcar à un tiempo varios objetos,
de mas inventiva, &c. pero siempre le queda un recinto,
y el mas importante de todos, donde salvar su vanidad,
que es el juzgar rectamente de las cosas, una vez que se
impongan en los terminos. Este es el punto en que nadie
cede à nadie. Busquese al hombre, que mas modestamente
sienta de sí mismo; confesará, que es poquisimo lo que
sabe: que es tardo en comprehender, y aun en discurrir:
que se explica mal; y à este modo otros muchos defectos
de su entendimiento; pero al mismo tiempo se quedará en
la presuncion de que en orden à aquellos objetos, cuyos
terminos comprehende, dandosele el espacio necesario pa-
ra meditar en ellos, nadie juzga con mas acierto.

14 Que esto sea asi, se prueba con evidencia, de que
jamás vemos, que hombre alguno ceda ordinariamente à
otro, mudando de juicio en orden à aquellas cosas, sobre
las quales, despues de miradas, y remiradas, estableció su
dictamen. He dicho ordinariamente, por no negar, que esto

suceda una, ò otra vez. Pero notese, que aun entonces cede en virtud de que el que es de dictamen opuesto, le propone alguna noticia, reflexion, ò experimento, que él ignoraba, ò no le havia ocurrido. Asi siempre se mantiene en el concepto, de que el haver errado en el primer dictamen, no dependió de tener menos talento que el otro para juzgar rectamente, sino de que el otro tuvo la oportunidad de adquirir alguna noticia, que él ignoraba, ò la felicidad de que le ocurriese alguna reflexion, que à él no havia ocurrido.

15 Explicarame un exemplo. En esta dilatada obra del *Theatro Critico* he persuadido à infinitos muchas máximas contrarias al dictamen, que antecedentemente tenían formado sobre varios asuntos. ¿Cree por eso alguno de estos, que Dios me ha dado aquel principalísimo talento del alma, para juzgar rectamente de las cosas con algunas ventajas al suyo? Creo que no. Conocerán todos ellos, que yo he acertado, y ellos antecedentemente erraban. Pero en unos asuntos atribuirán esta desigualdad à mi mayor aplicacion al estudio; en otros à la mayor oportunidad, que he tenido para manejar libros, y adquirir noticias; en otros à haverme dedicado mas à meditar sobre ellos; en otros finalmente à mi mayor felicidad en que me ocurriesen algunas reflexiones, que à ellos no ocurririan; y todos, desde el primero al ultimo, quedarán en la persuasion de que si en ellos huviesen concurrido con igualdad las felices circunstancias, que yo he tenido, havrian penetrado las verdades, que yo les he descubierto, y desengañandose por sí mismos de los errores de que los he sacado.

16 Podrá acaso en una, ò otra ocasion mudar alguno de dictamen, sin atribuir el acierto de otro, à quien cede, ni à la accidental felicidad de la ocurrencia, ni à mayor aplicacion, ni à mayor oportunidad de averiguar lo que hay en la materia. Pero sobre que esto sucederá rarisima vez, no por eso le concederá mas claro entendimiento, porque le queda el recurso de que un acierto no bas-

basta à graduar un entendimiento, ni basta à degradarle un yerro; y juntando este supuesto verdadero con la falsa existimacion de que, por una vez que acierta el otro, y yerra él, acierta diez veces él, y otras tantas yerra el otro; se queda constantemente en el dictamen de que la ventaja substancial del entendimiento está de parte suya.

§. VI.

17 **P**OR otro camino, y en distintas circunstancias se engañan frecuentemente los hombres, para no conceder exceso en el entendimiento, aun à otros que se lo hacen muy grande. Oyen, ò leen una máxima bien fundada, una sentencia aguda, un discurso sólido sobre alguna de aquellas materias, en cierto modo extrafacultativas, en que todos entienden algo; pongo por exemplo, en materia de costumbres, genios, gobierno, ò politica. Supongo, que nunca leyeron antes, ni oyeron aquel pensamiento; pero al momento que lo leen, les quadra como verdadero, como en efecto lo es: hacense cargo de la razon, y asienten de plano à la nueva máxima; mas no por eso tributan algun particular elogio al Autor. ¿Pues por qué no? Porque les parece que ya ellos alcanzaban lo mismo. Asi con gran satisfaccion propria, esto, dicen, ya yo acá me lo conocia. Es verdad, que mil veces se havia tocado en las conversaciones, en que ellos se hallaban, la materia à que pertenece la máxima, y nadie se la oyó, ni cosa equivalente, ni aun, si quieren confesar la verdad, pensaron en ello jamás. ¿Pues cómo es esto? Mienten quando dicen, que ya sabian aquello? No por cierto. No mienten, se engañan.

18 Es de advertir, que en estas materias, que son, digamoslo asi, de la jurisdiccion de todos los hombres, no hay verdad alguna, que no esté en algun modo estampada en los entendimientos de todos, por lo menos de aquellos, que tienen el juicio bien puesto, y son dotados de una buena razon natural; pero muy desigualmente segun la desigualdad que hay en los mismos entendimientos. En unos está estampada con claridad, y distincion; en otros

confusamente, y como en bosquejo: en unos pintada con toda perfeccion; en otros amagada solo en un rudo diseño: en unos tan brillante, que gozan de lleno su luz, y aun la pueden participar à otros; en otros tan cubierta de sombras, que ni aun la perciben para sí, teniendola dentro de sí mismos. Quando pues, estos segundos leen, aquella verdad, ò la oyen à alguno, que la goza claramente, la luz que éste les dá, disipa aquellas sombras que se la ocultaban, y entonces, viendo la verdad dentro de su proprio entendimiento, quedan muy huecos con la presuncion de que aquello yá se lo sabian; y de aqui inferen, que su alcance no es inferior al de aquel que los alumbrò.

19 ¡O qué engañados viven estos! Ahí es nada la diferencia. Apenas hay otro exceso substancial de un entendimiento à otro, sino el de entender aquel con claridad lo que éste percibe solo confusamente. Corren parejas en esto la vista corporea, y la intelectual. Si de dos sugetos, que tienen á igual distancia de sus ojos un mismo objeto, uno le vé con claridad, y otro confusamente, no dudamos en pronunciar, que la vista de aquel es buena, y la de éste corta. La misma desigualdad subsiste entre dos entendimientos, de los quales uno entiende con claridad, otro con confusion el mismo objeto, que está à igual distancia de entrambos; esto es, que en orden à su inteligencia no haya tenido mas estudio, ò enseñanza uno, que otro.

§. VII.

20 **S**uelen los que alcanzan menos equivocarse, transfiriendo esta desigualdad de la facultad intelectual à otra distinta; esto es, concibiendo, que solo es claridad de explicacion, lo que es claridad de inteligencia. Asi les parece, que toda la ventaja, que hay de parte del otro, es la de explicarse mejor. Pero lo primero, yo me imagino, que la ventaja de explicarse mejor, viene por la mayor parte de la de entender mejor. De dos Pintores, que igualmente sepan el uso de los colores para pintar, pero sean muy desiguales en la claridad de la vista, si tienen un

mis-

mismo objeto à tal distancia (aunque la supongo igual respecto de entrambos) que el uno le vea muy claramente, y el otro con mucha confusion, aquel le pintará muy bien, y éste muy mal. ¿ Y esto por qué? no mas que porque aquel le vió muy bien, y éste muy mal. Ahora bien: con las voces pintamos lo que entendemos. El uso de las voces igualmente le saben los que tienen igual crianza, estudio, y exercicio en el language. Con todo vemos, que tal hombre, que ha tenido igual, y aun mas escuela en el language que otro, no explica algunos objetos, que tiene en la mente, tan bien como éste. ¿ Por qué? Porque, aunque entrambos saben el uso de las voces, que son los colores, que sirven à pintar los conceptos, aquel pinta mal el objeto, porque con los ojos del entendimiento le vé mal; esto es, confusamente; y éste le pinta bien, porque le vé bien.

21 Y para quitar toda duda en esta materia, pregunto: Quando uno, oyendo à otro, dice, que se explica admirablemente, y le concede en esta parte una gran ventaja, no le entiende prontamente todo lo que dice? Sin duda, y aun por eso alaba su explicacion: Luego sabía antecedentemente el uso, y significacion de todas las voces, con que el otro se explicó; por consiguiente en esta parte están iguales. Luego toda la desigualdad viene de entender éste mejor que aquel. Generalmente digo, que como posea bien el language, qualquiera que se explica bien à sí mismo alguna cosa, se la explica bien à otro; y no puede explicarla bien à otro, quien no se la explica bien à sí mismo.

22 Lo segundo digo, que en el caso en que estamos, es claro, que no solo falta la explicacion, mas tambien el conocimiento. El que al oír un nuevo concepto, cuya verdad percibe al instante, juzga que aquello yá se lo sabía, solo porque entonces se le aclara en la mente una obscura idéa del objeto, que tenia encerrada en ella, es manifesto que se engaña. Tenia la especie, pero sin uso. Tenia la idéa, pero escondida aun al mismo depositario de

Bb 4

ella.